

ANDRÉS AMORÓS

La obra literaria de
don Juan Valera:
la «música de la vida»

EDITORIAL  CASTALIA

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN	11
1. <i>Diez motivos de singularidad</i>	11
1. Un cosmopolita	12
2. Un enamorado	12
3. Un clásico	14
4. Al margen de los géneros	14
5. Al margen de los estilos	15
6. Al margen del tiempo	16
7. Un aristócrata liberal	16
8. Un novelista psicológico	17
9. Un escritor irónico	18
10. Un autor de cartas	19
2. <i>Perspectivas críticas</i>	21
3. <i>Este libro</i>	22
4. <i>Siglas utilizadas</i>	26
5. <i>Datos biográficos</i>	27
LA OBRA LITERARIA DE DON JUAN VALERA: LA «MÚSICA DE LA VIDA»	31
PRIMERA PARTE: LOS ENSAYOS Y LAS CARTAS	33
I. <i>Estética</i>	35
1. La belleza clásica	35
2. Arte y moral	38
3. Entretener, no enseñar	40
4. Las reglas y los géneros	42
5. El público	45
6. La novela	47
7. El paisaje	52
8. La ironía	54

II. <i>Valera como escritor</i>	60
9. Autocrítica	60
10. Quitarse importancia	64
11. Crítica y creación.....	65
12. Cómo escribía	69
13. Los dineros del escritor	72
14. La edición	76
15. Las cartas	78
16. Algunos «tics»	81
17. Expresión ambigua	84
III. <i>Pensamiento</i>	88
18. El amor	88
19. La mujer	92
20. La religión	97
21. El krausismo	102
22. Misticismo	104
23. Cuerpo y alma	107
24. El paganismo	109
25. La política	110
26. La diplomacia	114
27. La música	116
28. España	119
29. La lengua española	122
30. Madrid	124
31. Andalucía	125
32. El retiro rural	128
IV. <i>Autobiografía</i>	131
33. Algunos datos personales	131
34. El aristocratismo	135
35. El orgullo	137
36. Pesimismo	138
37. Optimismo	140
38. Contradicciones	143
39. Mis libros	144
40. Autobiografismo	147
SEGUNDA PARTE: LAS NOVELAS	151
I. <i>Mariquita y Antonio</i> (1861)	153
1. Costumbrismo	155
2. Romanticismo	157
3. Idealismo	158
4. Autobiografía	160
5. «Cosas de Valera»	162
6. La mujer	164
7. La ironía	166

8. El narrador	168
9. La novela	171
10. Valoración	173
II. <i>Pepita Jiménez</i> (1874)	175
1. Antecedentes	177
2. Los místicos	178
3. Platonismo	179
4. Religión	180
5. Amor postal	181
6. Pepita y don Luis	185
7. La naturaleza	188
8. La conversión	190
9. La novela	191
10. «Cosas de Valera»	194
11. La crítica	195
12. Valoración	197
III. <i>Las ilusiones del doctor Faustino</i> (1875)	200
1. Las ilusiones	201
2. El romanticismo	205
3. Tres mujeres	207
4. El narrador	210
5. La novela	213
6. «Cosas de Valera»	216
7. La crítica	217
8. Valoración	220
IV. <i>El comendador Mendoza</i> (1877)	226
1. Un ilustrado	228
2. El casuismo	229
3. Las mujeres	232
4. «Cosas de Valera»	234
5. La novela	236
6. Variantes	240
7. Valoración	242
V. <i>Pasarse de listo</i> (1878)	246
1. Don Braulio	248
2. Pesimismo	250
3. La mujer	251
4. «Cosas de Valera»	254
5. La novela	255
6. La crítica	258
7. Valoración	260
VI. <i>Doña Luz</i> (1879)	263
1. La dedicatoria	265
2. Amor místico y amor humano	267
3. El misterio de la personalidad	271

4. La tragedia	272
5. «Cosas de Valera»	276
6. La novela	278
7. La crítica	280
8. Valoración	282
VII. <i>Juanita la Larga</i> (1896)	287
1. La segunda etapa narrativa	287
2. <i>Juanita la Larga</i>	289
3. La dedicatoria	292
4. La base costumbrista	293
5. Los personajes	295
6. «Cosas de Valera»	300
7. La novela	303
8. La crítica	305
9. Valoración	307
VIII. <i>Genio y figura</i> (1897)	310
1. Rafaela	315
2. «Cosas de Valera»	318
3. La novela	321
4. La crítica	324
5. Valoración	326
IX. <i>Morsamor</i> (1899)	329
1. El género literario	331
2. La vejez	333
3. «Cosas de Valera»	335
4. La novela	338
5. La crítica	341
6. Valoración	342
X. Una clave teatral: <i>Asclepigenia</i> (1878)	346
1. La circunstancia	347
2. Ideas sobre el teatro	348
3. La crítica	349
4. La historia	350
5. La armonía del amor	352
6. La ironía	353
7. La representación	355
CONCLUSIÓN	359
BIBLIOGRAFÍA BÁSICA SOBRE VALERA	361

INTRODUCCIÓN

1. DIEZ MOTIVOS DE SINGULARIDAD

Ya durante su vida, los críticos señalaron que don Juan Valera constituía, dentro de la literatura española de su tiempo, un caso absolutamente singular. El más agudo de todos ellos, Clarín, que siempre lo defendió, lo califica como «la esfinge de nuestra literatura». Y añade: «Hablar de Valera es exponerse a no acertar. Que Valera es así, que es de este otro modo... siempre será exagerada cualquier afirmación».

El paso del tiempo nunca ha alterado esta percepción: una anomalía literaria, un personaje único... Con su autoironía habitual, a él no le hubiera molestado mucho —creo— que le llamaran, pura y simplemente, un bicho raro.

Casi cien años después de su muerte, a una edad —ochenta y un años— bastante avanzada, esa singularidad constituye, sin duda, la raíz de su atractivo. La realidad de nuestra literatura decimonónica desbordaría con mucho las etiquetas que los manuales suelen adjudicarle; dentro de eso, Valera es un caso especialísimo.

Varios amigos no especializados en este terreno me han preguntado cuál era la razón de mi interés por este personaje: no me ha sido muy fácil señalar los motivos concretos de algo que siempre, en definitiva, obedece a oscuras razones de afinidad espiritual, de simpatía... Por muy profesores o críticos que seamos, en definitiva, una obra —y su creador— nos caen bien o nos caen mal y no hay más vueltas que darle.

El lector de este libro advertirá en seguida —me apresuro a decirlo— que está escrito desde la simpatía, el afecto, la estimación por don Juan Valera; y también, creo, desde una cierta comprensión de su actitud vital. Espero no

haber caído en la hagiografía: el propio escritor nos da tantas pistas sobre sus evidentes defectos que haría falta estar muy ciego para creerlo un santo.

No era eso pero sí, desde luego, un personaje singularmente atractivo: bastantes mujeres pudieron atestiguarlo a lo largo de su vida. Hoy, en su obra, encontramos cualidades muy notables; sobre todo, una: la inteligencia irónica. No es nada frecuente esto en nuestra literatura, ni en cualquier otra. Leemos a Valera con una sonrisa —admirativa y cómplice, a la vez— semejante a la que suscita la lectura del *Quijote*. Eso, obviamente, son palabras mayores: sólo los muy grandes lo consiguen.

Vuelvo a lo anterior: ¿como convencer a mis amigos, que no son especialistas en literatura española del siglo XIX, de que vale la pena dedicarles tiempo y atención a don Juan Valera? No es fácil conseguirlo pero, pensando en ellos, sobre todo, he intentado formular los diez motivos concretos de su singularidad. Con todas sus limitaciones y su inevitable esquematismo, pueden ser éstos:

1. *Un cosmopolita*

Valera se escapa por todos lados del localismo paleta de aquella España. La carrera diplomática le permitió —le obligó, más bien— a vivir en Nápoles, en Lisboa, en Río de Janeiro, en Dresde, en Rusia, en Bruselas, en Washington, en Viena...

Acompañó al duque de Osuna en su pintoresca misión a Rusia, escuchó obras de Wagner en Alemania, se admiró de la libertad de las jóvenes norteamericanas y sus costumbres de *flirtation*; conoció bien los salones de París, las camiserías o zapaterías de Londres, las delicias del Prater y las tiendas de antigüedades vienesas...

La diplomacia fue, para él, motivo de innumerables disgustos y limitó notablemente su dedicación a la literatura. Como Gustav Mahler, fue compositor «de vacaciones y fines de semana». Escribió sus obras de creación cuando su tarea diplomática se lo permitía: no le agotaba el trabajo, desde luego, pero sí le dispersaba la vida social que llevaba aneja...

Todo eso se completaba con las estancias en Madrid, dedicado a la política y el periodismo, cuando quedaba cesante en un puesto diplomático. Y también con las estancias temporales en su tierra cordobesa: un paraíso soñado... desde lejos.

2. *Un enamorado*

Un personaje del inteligentísimo Clarín dice que suelen hablar de la mujer, en general, los hombres que han conocido pocas mujeres en su

vida. Se refería, sin duda, a la escasa intimidad que podía existir entre hombres y mujeres, en aquella España, al margen de la relación social más superficial y del matrimonio.

No fue ése, desde luego, el caso de Valera. Con su habitual humor, confesaba:

Esta afición mía a las faldas es terrible.

De joven, Juanito —así le llamaban— llevaba ya camino de ser un don Juan. Fue un hombre atractivo hasta la vejez. Casó con Dolores Delavat, la hija de otro diplomático, en 1867, cuando él tenía ya cuarenta y tres años, casi el doble que ella. Este matrimonio le hizo muy desgraciado pero nunca tuvo el valor necesario para romperlo.

A lo largo de toda su vida, amó a muchas mujeres. Algunas de esas relaciones le influyeron de modo especial: en Nápoles, Lucía Palladi, «la Muerta», desvió sus ardores juveniles hacia el estudio de las lenguas clásicas.

En Rusia, una hermosa actriz, Magdalena Brohan, jugó con sus sentimientos, haciéndole sentir el sufrimiento que puede causar una mujer: nunca lo olvidó, ni en su vida ni en su literatura.

Ya viejo, en Washington, una joven, Katherine Bayard, hija del secretario de Estado norteamericano, se enamoró de él y, cuando él decidió volver a España, se suicidó... No es difícil aplicarle el refrán que eligió para título de una de sus novelas: «Genio y figura, hasta la sepultura».

Esa obra, por cierto, es uno de los cantos más singulares de toda la literatura española a una mujer, Rafaela, que elige por encima de todo ser libre. Como Gelasia, la pastora cervantina, ella también podría decir: «Libre nací y en libertad me fundo».

Opinaba Valera que la auténtica mujer es una obra maestra de la cultura, muy superior, por educación y refinamiento, a la simple hembra. Su dictamen es tajante:

En un abrazo de la mujer querida está el cielo. Lo demás no vale un pitoche.

Para Valera, la mujer es la educadora del hombre; lo refina, le abre horizontes de sensibilidad y, sobre todo, es profeta, zahorí: adivina, dentro de él, posibilidades que ni él mismo percibía, hasta ese momento, y, al descubrirlas, le impulsa a que se esfuerce para alcanzarlas.

Eso es lo que llamó Valera *cadijeísmo*, por la historia de Cadijea, una de las amadas de Mahoma, que la reverenció hasta la vejez: «Ella creyó en mí cuando me despreciaban los hombres». Utilizando el término de Rosa Cléveland, una ensayista norteamericana, llama también a esto la *fe altruista*, que mueve auténticas montañas.

En uno de sus cuentos, *El cautivo de doña Mencía*, lo ejemplifica el Gran Capitán, ya caudillo famoso, que sigue reverenciando a una mujer que conoció en su juventud:

La mujer que me reveló a mí mismo mi ser propio [...] sentó en mi espíritu el germen de todo lo bueno y de todo lo noble que he podido hacer en mi vida.

Años después, lo dirá el poeta Pedro Salinas, en *La voz a ti debida*:

...es que quiero sacar
de ti tu mejor tú.
Ése que no te viste y que yo veo,
nadador por tu fondo, preciosísimo.

No cabe imaginar a don Juan Valera sin esta fascinación permanente por la mujer.

3. *Un clásico*

Por su sólida formación clásica, se aparta Valera de lo que es habitual en el novelista español de su tiempo; y, seguramente, de todos los tiempos. Así le escribe a su amigo Menéndez Pelayo, utilizando un adjetivo irónico:

Usted y yo somos grecolatinos y clasicotes hasta los tuétanos.

A la vez, se quejaba de que Menéndez Pelayo, cuyos conocimientos admiraba, se lavaba poco y olía mal... Aunque sabía muchas cosas, Valera no era un erudito sino un hombre de mundo.

Su clasicismo no es arqueología, sino culto a la belleza y conciencia de que los valores humanistas están siempre vivos: la soñada Arcadia puede llamarse ahora Villabermeja o Villaalegre; por detrás de Pepita Jiménez y don Luis de Vargas asoman Dafnis y Cloe, el Amor y Psiquis.

Hubiera entendido muy bien Valera la frase provocativa: «Los griegos somos nosotros». Eso fue él: un griego de Cabra, provincia de Córdoba; un pagano que tuvo que vivir en la España del XIX, soñando siempre con la belleza clásica e intentando revivirla, en sus escritos.

4. *Al margen de los géneros*

Por su espíritu clásico, ponía Valera en la cumbre —como Cervantes, otra vez— a «la divina poesía». Poeta fue él, desde joven, y eso hubiera querido ser siempre, sobre todo.